

SANCHEZ BAUTISTA, TREINTA Y CINCO AÑOS DESPUES

LA RELACION ENTRE EL HOMBRE Y PAISAJE, CLAVE DE SU OBRA



"La poesía es una especie de veneno". Después de 35 años de escritura paciente y laboriosa, desde que a los 20 años de edad comenzara a "emborrillar cuartillas", como él mismo dice, Francisco Sánchez Bautista deja traslucir su creencia en la práctica poética como ejer-

cicio liberatorio o condenatorio, a la par veneno y antídoto contra las sordidas virtudes de todos los días.

Francisco Sánchez Bautista, poeta autodidacta, nació un día de gracia 25 de junio de 1925 en el Llano de Brujas, pedanía en donde transcurrió su infancia, adolescencia y juventud. A los 26 años ingresa en Correos, siendo destinado en el 51 a Barcelona como cartero urbano,

ciudad en la que permanecerá hasta junio del 52, en que es trasladado a Fortuna, villa a la que se siente vinculado entrañablemente y donde permanecerá trece años consecutivos. En Fortuna y en el año 57 verá publicado su primer poemario: "Tierras de sol y de angustia". También durante su estancia en Fortuna aparecerán sus cuatro siguientes libros de poemas: "Voz y latido" (Col. "Alrededor

de la Mesa" Bilbao, 1959), "Elegía del Sureste" (Col. Trirreme, Cartagena, 1960), "Cartas y testimonios" (Editora Comercial, Orense, 1963) y "A modo de glosa" (Editorial Laurel del Sureste, Murcia, 1963). Desde el 64, año en que es trasladado de nuevo, Francisco Sánchez Bautista vive en Murcia.

De los años 58 al 62, aproximadamente, y residiendo todavía en Fortuna, Francisco Sán-

FRANCISCO SANCHEZ BAUTISTA

Encuentros con Anteo



chez Bautista participa activamente en los núcleos culturales de la capital y especialmente en la tertulia del café "Santos", tertulia que, según sus palabras, rompió con la cultura del franquismo, "esa costra rara". Junto a Sánchez Bautista se nuclean en torno al "Santos" Celerino Moreno, Miguel Espinosa, Cano Pato, Andrés Selom, Ter e Soubrier, Párraga, Hernández Cano, Julio Soto, Antonio Segado, el escultor Garrigós y Julián Andúgar ("que venía de vez en cuando desde Alicante"), entre otros. Esta tertulia instituyó los premios "Santos" que recayeron en Manuel Alcántara, Julián Andúgar y en el mismo Sánchez Bautista, entre otros galardónados. También del "Santos" surgió la colección de poesía "Laurel del Sureste", dirigida por Celerino Moreno, que tan sólo llegó a publicar dos poemarios: uno de Carmen Conde y el otro de Sánchez Bautista ("A modo de glosa").

Durante el lapso comprendido entre los años 66-68, Sánchez Bautista colabora asimismo con el grupo "Zauma", surgido de la Universidad y que dirige Manuel Parra Pozuelo, hoy catedrático en Canarias. En "Zauma" se integran Andrés Mellado, Pedro Provencio, Flores Arroyuelo y Martínez Valero, con la colaboración de Sánchez Bautista, cuyos poemas eran leídos por el sudamericano Arturo Pa-

sa. Ya residiendo en Murcia, Sánchez Bautista ha espaciado a publicación de sus restantes libros de poesía, aunque guarda varios inéditos. En el 66 publicó "Razón de lo cotidiano", en edición del Fondo de Cultura de la Diputación de Murcia; "La sed y el éxodo", colección "Cantaletgalló", 1975, y "Encuentros con Anteo", publicado en Murcia, en enero del 76. En la actualidad última un nuevo poemario, titulado "Inútil búsqueda del tiempo", de donde han sido seleccionados los poemas que publicamos. Entre los premios que ha obtenido Sánchez Bautista figuran el Marina de Poesía —1962—, el Polo de Medicina —1966—, el Miguel Pareja Cort, de Alcoy, también en el año 66, en que igualmente obtendrá el Premio Suresta; asimismo de Alcoy. En el año 67 obtiene, por último el Premio Chvs en reconocimiento a su obra poética.

SUS POEMAS

INUTIL BUSQUEDA EN EL TIEMPO

«Mucho nos dice el tiempo tan aprisa consumido»
HOLDERLIN

Aunque es vana mi búsqueda en el tiempo, intento hallarme entre estas arboledas, más no me he de encontrar lleno de aromas ni de abejas, como cuando era niño. No traeré el paraíso entre las manos —dulces frutos al paladar propicios— ni el rumor saludable de una acequia. El cielo es inmortal, pero mis ojos, ya dos pozos sombríos, se me pierden vencidamente tristes sobre el rostro que, si expresivo fue, oculta ahora lo jovial y agradable de aquel júbilo de un venturoso tiempo adolescente.

¿Se derrumba el paisaje o es mi tedio quien pone sombra donde la luz se alza? Mi corazón pudiera ser un nido con un cálido pájaro plando su inmensa soledad sobre esta tierra que ha perdido su encanto primigenio para el niño que fui bajo estos árboles. No volveré a vivir la algarabía de un buen día infantil recién salido del colegio rural, la humilde escuela donde aprendí más fuegos que lecturas. Uno mira hacia atrás y se despuebla el corazón de niños y de sueños. Esta es la senda que anduvimos; esta la luminosa acequia, más no el agua que analeamos haciéndola chasquido y salpicada espuma a nuestro paso.

Es un reloj de sol el tiempo, siempre orientado hacia la luz, tenaz, lento, helándonos la sangre con su aguja de fría sombra, aunque fulgure vivo cenitadamente el sol al mediodía. El tiempo es como un agua entre las manos escurridiza y húmeda que apenas una brisa la orea y la disipa. O un rumoroso río al que miramos heráclitamente, fugaz, yéndose a su muerte oceánica, a su nada.

¿Salvaré mi niñez? ¿De qué manera si traigo un niño triste sobre mi hombro al que olvidé halagarlo?

Ya esta carga, si leve, por constante, me doblega. No me huelo a futuro, sino a ausente. El tiempo ha muerto a un niño: un hombre llora por no poder hallarlo entre estos árboles donde un día jugó y volvió cargado como un dios montaraz, de hojas y frutos.

ENCUENTROS CON ANTEO

No almorzaste con gentes importantes, sino que hiciste mesa redonda con los pobres; la hermosa mesa, padre, de la cordialidad honda y humana y la fraternidad bien entendida. Por eso, ahora, afirmo que es tu denso sudor un río honroso que te ha sorregado infinitas veces desde tu cuna al día de hoy. (Cuando te dedico este elogio cumples ochenta y dos años de vida, y una sonrisa inconfundible, tuya, frutal y airosa, confirmando viene tu térrea fortaleza.)

Tu voz y tus acciones de vegetal se visten.

Y hay un fértil rumor de generosa acequia navegable por todas tus arterias. ¿Y no es el trigo, su sabor a vida, resumen del desvelo de tu existencia activa y alentada?

Anteo, padre mio, aún se alegra la fronda se la mimas y se engrandece el árbol si tus manos y tus ojos se posan con tu terco cariño irremediable en su veraz origen. El agua te sugiere los verdes más intensos para una sombra donde hacer mesa redonda con los pobres, ya que nunca almorzaste con gentes importantes. (Ni siquiera con el pedáneo, nuestro buen vecino.)

Porque sólo la tierra ha sostenido, Anteo, tu cansancio, y tu palabra justa no pasó las fronteras vecinales, admito tu grandeza de ánimo y esa honda y rural filosofía que se destila en tu palabra humilde y sincera, la que apostando gana porque verdad y corazón la dictan.

Y porque has sido claro y espacioso y rotundo de sombra como el árbol, vienes a este poema que te exalta en tu hombridad grandiosa, raíz mía, viejo amigo del sol, Anteo-tierra, hondo aluvión sin atques de mi sangre.

ENCUENTRO FINAL

Formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado.

GENESIS

Quando me recompongas nuevamente de mi disperso polvo, mi osamenta, listo para la eternidad, no olvides mis rachas de alegría, ni tampoco mi predisposición a la tristeza. Acuérdate, Señor, que tuve un nombre que acudió a la amistad y a la ternura tan diligentemente y tantas veces como fue convocado entre los hombres. No me oscurezcas los sentidos: piensa que alguna vez estimularon mi alma y la hicieron gozar de lo creado. Si tierra alzada hoy, ¿no has de acordarte de este poco de barro, y has de darme la gracia de sentirme antigua arcilla alentada por tu sublime aliento? Con fervor te lo ruego: dame un poco de terrena emoción allá en tu reino.

Por mi sangre han crecido árboles altos y vitales acequias, densos soles, y si muerdo la fruta me estremece su sustancia ancestral, su dulce origen, y me crujen los dientes y me aflora un hilo de saliva estimulante. No he pisado otra cosa que esta tierra de la que Tú me hiciste, y me subyuga su cósmica atracción irresistible. Quéreme un poco así, si tal me has hecho. No desdées el barro que formaste y al que infundiste aliento y le encendiste una cálida brasa entre cenizas que desde siempre le llamamos alma por su eterna inquietud, ardiente, insólita.